

La edad de la ira. Una historia del presente

Autor / Author

MISHRA, Pankaj

Editorial / Publishing company

Galaxia Gutenberg. Barcelona, 2017. 325 pp.

El libro trata de explicar los orígenes de la gran oleada de odios que parecen asolar a nuestro mundo. Empieza haciendo un recorrido por el origen ilustrado del individualismo y el colectivismo en lucha desde el origen de las civilizaciones. Continúa haciendo un análisis de la obra de Rousseau, Kant y Voltaire intentando explicitar cómo ese debate es el dilema en el que se mueven todas las ideologías y formas de comprender el mundo. Entre las formas de interpretar el mundo se encuentran francotiradores americanos, terroristas del Daesh, Putin, Trump, Erdogan, Xi Jinping, u otros tantos dirigentes mundiales, así como los nacionalismos vindicativos.

Para Pankaj, el populismo, el racismo, la misoginia, el odio generalizado en los países modernos o postcoloniales, está irrumpiendo con fuerza, desatando el revanchismo, el resentimiento, la necesidad de dar la vuelta a la historia. La venganza postcolonial irrumpe desde todas las esferas: en la educación, las universidades, la política, la economía, el reverdecer de los nuevos anarquistas, indignados, etc., que responden a la situación de desamparo en la que se encuentran tras haber sido desprovistos de todo sentido espiritual. Un nihilismo autodestructivo ha venido a sustituir las formas tradicionales de sentido, de carácter religioso o racionalista, que nos deja perplejos con sus espasmos terroristas.

Mishra nos propone mirar atrás para llevarnos al presente. Este mundo que venía de la modernidad, de la promesa de que disfrutaría de libertad, de estabilidad y de prosperidad, en un progreso continuo, ve cómo esa promesa se convierte cada vez más en una cancha política de demagogos, de injusticias sociales, de desigualdad, de desequilibrios que amenazan con generar micro apocalipsis. Muchos de los pueblos que creyeron en esta promesa ilustrada, que han llegado tarde a este Nuevo Mundo o que fueron abandonados por él, por una colonización europea abusiva, reaccionaron de manera similar al odio de los supuestos enemigos. Todos esos Estados nación postcoloniales están enzarzados en el intento de reconstruir una edad de oro perdida

antes de la colonización. Están embarcados en la autoafirmación nietzscheana a través de una violencia cruel y espectacular que da un salto cuantitativo debido a los media inédito. Los militantes anarquistas, comunistas y fascistas del siglo XIX que surgieron de las filas de estos desfavorecidos de la sociedad, incendiaron a las masas con sus ideas políticas filosóficas utópicas. Marx, Bakunin y Kropotkin, Mazzini, D'Annunzio, Gramsci, son los inspiradores, grandes revolucionarios ilustrados, de los nuevos jóvenes airados que se convierten a los nacionalismos culturales en Alemania, en España, que devienen revolucionarios mesiánicos en Rusia, chovinistas belicosos en Italia, anarquistas que practican el terrorismo en todo el mundo.

En un mundo de masas, de redes sociales, de tecnología, en dónde se busca como único objetivo la riqueza individual, se está dejando sin rumbo a miles de millones de personas. El mundo desarraigado, sin tradición, donde la globalización ha roto con los vínculos, estos se buscan de forma histórica, con terribles resultados: el retorno a los populismos, los nacionalismos, las culturas locales. Todos buscan de forma violenta una Arcadia feliz, siempre insatisfactoria, pero por eso mismo cada vez más violenta.

Pankaj nos hace una lectura de la historia desde el siglo XVIII al XXI que nos permite comprender que, lo que estamos viviendo, no es muy distinto de aquello que se vivió con efervescencia después de Napoleón después de la Ilustración. Durante todo el siglo XVIII y el siglo XIX: "anarquistas y nihilistas deseosos de romper sus cadenas viejas y nuevas, estallaron en una violencia exhibicionista mientras el mundo experimenta una rápida integración social y económica, así como la mayor migración internacional de la historia, a finales del siglo XIX y principios del XX. Una gran euforia se extendió por toda Europa en 1914 cuando estalló la guerra. Y, la violencia y el odio eran, para muchos, promesa de liberación de la penalidad desmoralizante y el tedio de la sociedad burguesa. Por otra parte, el culto a Napoleón y al chovinismo beligerante había reflejado lo largo del siglo XIX un malestar nacido de la pérdida de fe religiosa y una aguda crisis de masculinidad" (p. 28).

Pero esta euforia por la guerra respondía a la necesidad de salir de una gran depresión incomprensible para los observadores como Durkheim. En *El suicidio* (1897), Emile Durkheim se debatió con un gran misterio de su tiempo: "por qué un número asombrosamente elevado de europeos decidían quitarse la vida en una época de rápido crecimiento económico, descenso del analfabetismo, comunicaciones aceleradas y mayor autoconocimiento. Dostoievski había comprendido ya agudamente que los individuos enseñados a crecer en un noble ideal de libertad y soberanía personales y, después, enfrentados a una realidad que se las negaba cruelmente, podían salir de esta ambivalencia paralizante con el asesinato gratuito y la insurgencia paranoide: *podvig*, la espectacular hazaña espiritual a que aspiran los personajes de la literatura de Dostoievski. Los escritores rusos establecieron el crimen aleatorio como caso paradigmático del individuo libre que saborea su identidad y afirma su voluntad. Mijail Bakunin fue, sin embargo, el teórico más influyente de esta *reductio ad absurdum* de la idea de libertad individual: el "revolucionista", como él describió alegremente esta figura en 1869, ha cortado todos sus vínculos con el orden social y con el mundo civilizado entero, con las leyes, los buenos modales, las convenciones y la moral de ese mundo. Es su enemigo despiadado y

sigue habitándolo con un único propósito: destruirlo. Y la realidad fue que grupos variopintos de anarquistas y nihilistas se revolieron, en palabras de Nikolai Berdiaev, contra las injusticias de la historia, contra la falsa civilización; tenían la esperanza de que “la historia llegue a su fin, y comience una vida nueva, fuera y por encima de la historia”. Los intentos de liberación del peso de la historia [...] y la revolución de la consciencia humana adoptaron una serie de formas políticas, espirituales y estéticas en el fin de siglo, desde el socialismo, el nacionalismo, el nihilismo anarquista y el Art Nouveau hasta el futurismo italiano, la teosofía y la poesía simbolista. Cuando la democracia liberal se tambaleaba bajo el peso de las políticas de masas, y el capitalismo global sufría su primera gran recesión, emergieron manipuladores de masas para dejar claro que, como escribió Hugo Hofmannsthal, la “política es magia” y “aquel que sabe invocar las fuerzas de las profundidades, a ese seguirán” (p. 30).

Pankaj nos habla de la actualidad permanente de esas fuerzas telúricas que surgen de vez en cuando en los momentos de la historia menos esperados. Parecen respuestas adecuadas a las urgencias de subvertir el caos con más caos -que se reviste de pretendido nuevo orden-, o el sinsentido con un sentido paranoide.

El libro de Pankaj no se presenta, dice el mismo: “como una historia intelectual, y no puede siquiera plantearse, dada su brevedad, como una sola narración sobre los orígenes y difusión de ideas e ideologías que abarque los múltiples acontecimientos culturales y políticos de los dos siglos anteriores. Lo que hace más bien es explorar un particular clima de ideas, una estructura de sentimientos y una disposición cognitiva desde la época de Rousseau hasta nuestra propia edad de la ira. Pretende revelar algunos fenómenos recurrentes en todo el mundo, cuya común fuente subyace en uno de los hechos más extraordinarios de la historia humana: el advenimiento de la civilización comercial industrial en Occidente y su reproducción en otros lugares. Intenta mostrar como una ética del empoderamiento individual y colectivo se difundió por todo el mundo, tanto mediante una imitación resentida como a través de la coerción, causando graves dislocaciones, desajustes sociales y convulsiones políticas” (p. 33-34).

Pankaj no está tan interesado en detallar la teoría del contrato social de Rousseau o su legado político, más bien quiere reflexionar sobre el extrañamiento e inadaptación de Rousseau al mundo de la riqueza, el privilegio, la competencia y la vanidad, que fue germen de las ideas y soluciones que él mismo planteaba como alternativa a esta burguesía ilustrada. Porque lo que plantea Rousseau parece volver otra vez a encontrarse en la historia: esas ideas románticas alemanas que imitaban, con su resentimiento intelectual y cultural a la Francia rousseauiana, ese romanticismo alemán que oscilaba entre la masa sumisa premoderna y la configuración de un espectro emocional ideológico de nuevo cuño lo volvemos a encontrar hoy día.

Las masas de jóvenes que deambulan por las universidades y en las calles del mundo son motivo de preocupación para nuestro autor. Los ve como los últimos hombres de los que habla Nietzsche en *Así habló Zaratustra*: “Ese joven prometedor y alienado, que aparece en todos los países en proceso de modernización habla en nombre de la mayoría analfabeta, como de la minoría culta o en su propio nombre. Un yo que resulta estar dolorosamente dividido. En todos los casos, da expresión a un profundo sentimiento de ineptitud e intenta trazar un ambicioso

plan para superarlo. Pero este improvisado programa de creencia y acción no puede integrarse fácilmente en las clasificaciones de ideas y movimientos (fascismo, imperialismo, liberalismo, bolchevismo, islamismo, sionismo, nacionalismo hindú), ni en las amplias y sectarias categorías de izquierda y derecha, liberal y conservador, que suelen mediar nuestra visión de la historia y de la actualidad" (p. 34).

En el análisis de la situación Pankaj no es un rupturista iluminado. Sigue pensando que los viejos métodos han tenido y tienen todavía su oportunidad para explicar cosas, pero ya no son suficientes.

"Seguirán siendo indispensables los análisis materialistas que invocan las abstracciones de nación y capital, y que trazan el movimiento de bienes, el cambio drástico en sistemas climáticos y el aumento de la desigualdad sirviéndose de técnicas de estadística sociología cuantitativa e historicismo. Pero nuestra unidad de análisis debe ser también el ser humano irreductible, sus temores, deseos y resentimientos. Es en la inestable relación entre la persona interior y la pública donde se puede empezar a tomar medida más precisa de la actual guerra civil global" (p. 39).

Un toque pesimista o más bien realista recorre las páginas de este libro permanentemente. Por ejemplo, "respondiendo a las tesis de Fukuyama en 1989, Allan Bloom se mostraba lleno de oscuros presentimientos sobre la gestación de revueltas contra un mundo que "se ha hecho seguro por una razón según las entiende el mercado, y un mercado común global cuyo único objetivo es atender las necesidades y caprichos corporales de los hombres". Si se busca una alternativa, escribía Bloom, "no hay donde buscarla" (p. 48).

Pankaj sugiere que el fascismo tiene un futuro, sino el futuro mismo. Citando el teórico político inglés John Gray advierte sobre la vuelta de fuerzas más primigenias, nacionalistas y religiosas, fundamentalistas, y pronto, quizás malthusianas, que la Guerra Fría había acallado. Señala la incapacidad intelectual del liberalismo tanto como el marxismo en este nuevo orden mundial. Hace un recorrido por todas las guerras civiles y no civiles que nos han asolado en todo el siglo XX para mostrar como esta tortilla una y otra vez da vueltas mientras que lo único que hace es generar una oleada permanente de resentimientos, necesidad de venganza, racismo en aumento, formas discriminatorias, injusticias en todas las partes del mundo. La fuente de su información histórica, además de historiadores, sociólogos, filósofos y otros pensadores es también la gran literatura. Permanentemente recurre aquellos autores que inspiraron a los grandes filósofos del siglo XX y de finales del siglo XIX como Dostoievski, en el que se inspira Freud, Nietzsche y del que viven tantos otros autores del siglo XX. Dostoievski es el primero, como dice Pankaj, que se da cuenta de que el mundo se ha sumido en una rivalidad mimética, en una envidia que escala hasta una rivalidad permanente sin poderse refrenar. Él intuye que la catástrofe está en que esta envidia no tiene ninguna solución: nos vemos inmersos en ella en un sistema de competencias que cada vez nos hacen más violentos y nos conducen a una especie de apocalipsis al estilo Girard, al que utiliza profusamente. ■

BARAHONA PLAZA, Ángel

Universidad Francisco de Vitoria
 Madrid (España)